

Espino López, Antonio: *Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú* (Madrid, Desperta Ferro, 2019), 327 pp., ISBN: 978-84-948265-9-7.

Dentro de la dilatada y vasta línea historiográfica protagonizada por el estudio de la conquista castellana de las Indias, es aún perceptible la carencia de algunos enfoques fundamentales para su adecuada y completa comprensión. Si la perspectiva política, económica o administrativa, o la biografía de los grandes protagonistas de los principales hechos de armas, entre otras diversas cuestiones, han sido puntos de encuentro en los estudios de numerosos historiadores de ambos lados del Atlántico, es precisamente el punto de vista de la historia militar propiamente dicho uno de los que aún hoy en día presenta ciertas lagunas, a pesar de lo paradójico que esto pueda resultar en un proceso, el de la conquista, que tiene su razón de ser en las luchas y enfrentamientos que lo conforman. Es a este hueco historiográfico al que atiende en su última obra Antonio Espino López, catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Barcelona, y reconocido especialista de la historia militar de España durante la Edad Moderna, autor de obras de referencia como *Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana (1679-1697)* [Barcelona, 1999], *Guerra y cultura en la época moderna* (Madrid, 2001), o *Las guerras de Cataluña. El teatro de Marte (1652-1714)* [Madrid, 2014].

En lo relativo a la historia de América, en concreto, el autor ya hizo una importante incursión en el tema hace unos años en su obra *La conquista de América. Una revisión crítica* (Barcelona, 2013). Con los materiales recopilados para aquel volumen, y con el paso previo de la aparición a finales de 2018 en la revista *Desperta Ferro* de un especial sobre la conquista del Perú, en el que firmaba uno de los artículos que lo componían, vio la luz a comienzos de 2019 este *Plata y Sangre*, donde Espino López establece desde el inicio de la introducción como principal objetivo el de situar la conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú bajo la óptica de la *New Military History* («Nueva Historia de las Batallas»), siguiendo las pautas magistralmente trazadas por John Keegan hace ya un par de décadas (*El rostro de la batalla*, Madrid, 1990), de las que este estudio se reconoce deudor. De acuerdo con esta línea metodológica, lo que más le interesa es centrar todos los episodios relativos a las guerras del Perú en el análisis de la historia de la guerra –expresión que él prefiere a la de historia militar– vista desde la perspectiva de la experiencia real de la contienda, incorporando en la medida de lo posible las emociones y los sentimientos de los combatientes como parte prioritaria del análisis de cada hecho de armas, de cada batalla, pues son las personas que forman parte de los ejércitos, y con ellos sus temores, sus ambiciones, sus pasiones, su moral, su disciplina, los que están presentes en cada combate, determinando el rumbo de cada contienda, de la misma forma que un análisis completo y globalizante de una batalla refleja la propia idiosincrasia de la sociedad que la organiza. Para intentar conseguirlo, en la medida de lo posible, el autor recurre a unas fuentes precisas y preciosas, como son las crónicas de Indias (Cieza de León, Francisco de Jerez, Agustín de Zárate, Antonio de Herrera, el Inca Garcilaso de la Vega, Alonso de Góngora Marmolejo...), auténtico hilo conductor del libro, algunas escritas por testigos directos de la conquista del Perú, otras no, junto a documentación del Archivo General de Indias, teniendo en cuenta en todos los casos que, al tratarse de testimonios parciales, priman en ellos los rasgos de subjetividad en el relato de los hechos, por lo que no es ajeno a la necesidad de introducir diferentes elementos correctores –objetivadores– en su estudio, a partir del análisis, comparación, reflexión y maduración de todos los testimonios recogidos.

Además de esta presentación de objetivos, la introducción nos sitúa pertinentemente en la comparativa entre Europa y América a caballo entre los siglos XV y XVI en lo relativo a tres aspectos fundamentales de la historia de la guerra, como son la táctica, las armas y los propios soldados, estableciendo las posibles injerencias, similitudes y diferencias en cada uno de los temas entre ambos escenarios, si bien el recorrido de las influencias bélicas fue más desde el Occidente europeo a las Indias que en el sentido contrario. Introducción aparte, el grueso del libro se estructura en seis capítulos de desigual extensión que, atendiendo a un marcado criterio de evolución cronológica, pasan revista a todo el proceso militar que se incardina en el largo periodo de más de veinte años que compone la conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú, en el que desfilan todos y cada uno de los episodios y protagonistas, principales y secundarios, de estos episodios militares, con una recogida sistemática de datos al respecto de cada uno de los hechos de armas. Partiendo del estudio de la situación interior y organización del Perú previa a la llegada de los castellanos, con la existencia de marcadas luchas internas, y culminando con el envío por la Corona del pacificador virrey Andrés Hurtado de Mendoza en 1554, la obra pasa revista a todos los hechos que forman parte de este largo proceso militar, que realmente terminará en 1572 con la ejecución de Túpac Amaru: la conquista del Imperio inca desde 1531, un imperio perfectamente encuadrable, según el autor, en el modelo de imperio hegemónico –que incorpora las huestes conquistadas a las propias, lo que le concede una gran superioridad–, y en el que la guerra previa entre los propios aborígenes facilita los avances de las huestes castellanas comandadas por un Francisco Pizarro para cuyo estudio remite Espino a la reciente biografía de Mira Caballos; la conquista de Chile por Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, y el posterior estallido de la rivalidad entre pizarristas y almagristas, a raíz del desigual reparto del botín obtenido en las conquistas anteriores, con el consecuente inicio de las guerras civiles del Perú, analizadas desde la triple perspectiva del número de combatientes y su armamento, las tácticas de combate y las bajas acaecidas; y el levantamiento de los encomenderos contra la Corona española a partir de la aplicación de las Leyes Nuevas que suprimían las encomiendas hereditarias y el trabajo personal de los indios, estudio que se reparte, de forma cronológica, entre los dos últimos capítulos, atendiendo primero a la rebelión encabezada por Gonzalo Pizarro y después a la liderada por Francisco Hernández Girón.

A lo largo de todo el libro, Espino López pone el acento en los hechos de armas que componen el proceso de conquista del Imperio inca, y cada una de las batallas libradas en los teatros de combate (Cajamarca, Salinas, Añaquito, Huarina, Jaquijahuara, Chuquinga) es analizada de forma exhaustiva a partir de los datos expuestos en las crónicas estudiadas por Espino López, con un importante soporte bibliográfico que se expresa en el aparato crítico localizado al final de cada capítulo (a excepción del último de ellos –cap. 6. «El levantamiento de Girón, 1553-1554»–, en el por error no se han incluido las notas pertinentes). Las tácticas, las armas, los desplazamientos de las huestes, la logística, los heridos, los muertos, las ejecuciones, los saqueos, el reparto del botín, todo es analizado con rigor, espíritu crítico y evidente criterio científico, buscando siempre apartarse de la subjetividad que puede desprenderse del empleo de la crónica como base fundamental del estudio. El autor pone el acento en la relevancia de las dificultades orográficas en relación con la aplicación de las tácticas bélicas que las huestes castellanas traían aprendidas de Europa, por lo que fue necesario una adaptación de los planteamientos militares al escenario concreto de la conquista, de manera que las guerras del Perú no resultaron válidas apenas para demostrar la experiencia acumulada de soldados y oficiales en teatros castrenses europeos previos, caso de Italia, pues lo que tuvo lugar en América no fue una guerra contra ejércitos convencionales, aunque sí se

valoraba la experiencia militar adquirida en Europa de aquellos pocos que realmente la podían acreditar a la hora de formar escuadrones. El empleo de la caballería fue fundamental, tanto ligera como pesada, en un modelo bélico que tuvo en muchas ocasiones más que ver con los rasgos de la guerra medieval, como por ejemplo en la búsqueda del contrario en el cuerpo a cuerpo, que con la nueva forma de enfrentamiento que protagonizan los ejércitos modernos europeos conforme avanza el Quinientos. Junto a la pica, la espada o la ballesta, las armas de fuego, en especial las de carácter portátil, como el arcabuz, aun siendo fundamentales y mostrando las huestes castellanias gran interés por incorporarlas a sus filas, no siempre fueron determinantes para hacer caer la victoria de uno u otro lado, pues muchas veces el ganador fue quien dispuso de más hombres en el campo de batalla y mejor adiestrados y disciplinados, quien logró dibujar el más adecuado despliegue táctico y quien de forma más brillante supo combinar el uso de la infantería, con el de la caballería y la artillería. En este campo de las armas y de las tácticas es preciso reseñar la relevancia de figuras como la de Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes, que destaca en el escenario de las guerras peruanas como precursor en el uso de una nueva cadencia en el tiro de arcabuz para la infantería que conseguía no perder la fuerza ofensiva sobre el contrario, adelantándose algunas décadas a los presupuestos posteriores de insignes jefes militares como Guillermo de Orange o Gustavo II Adolfo de Suecia. Sin embargo, y a pesar de esta superioridad armamentística, Espino deja claro que a las huestes castellanias les hubiera sido imposible alcanzar la victoria final en la guerra sin la colaboración del indio aborigen, al que los capitanes castellanias incorporaron a sus filas no tanto en calidad de soldados –pues solo se le permitía combatir contra indios rivales y no al lado del soldado castellano–, sino como ejes y protagonistas de la logística castrense, ante la falta de animales de tiro, una actividad fundamental en campañas militares de tan tremenda movilidad como fueron las desarrolladas en el Perú y que acabó por suponer una importante mengua de población indígena, mucho más que la atribuible al propio sistema colonial español. Según los cronistas, las huestes castellanias nunca eludían el combate contra el rival, aun en los casos en que sus ejércitos, mejor armados, fueran notablemente inferiores a los indígenas: el precepto era no retroceder nunca ante ellos, para no dar baza a acrecentar la moral de victoria del rival. Como principio básico, la idea siempre fue mantener combates de la mayor brevedad posible, imponiendo la superioridad del armamento hispano y, una vez roto el frente enemigo, provocar el mayor número de bajas posible en la desbandada, con la inestimable ayuda de las propias tropas nativas aliadas, que los jefes militares castellanias habían logrado atraer a su causa presentándose como verdaderos libertadores frente a los caudillos a los que llevaban tiempo enfrentándose en sus propias guerras intestinas sin visos de victoria.

Con todos estos mimbres, la obra nos acerca, desde la perspectiva de la «Nueva Historia de las Batallas», a los entresijos de una parte de la conquista de América, la del Perú –no pocas veces solapada por el mayor interés historiográfico que ha despertado la conquista del Imperio azteca y la figura de Hernán Cortés–, protagonizada por aventureros que saltan al otro lado del Atlántico en busca de una mejor fortuna para sus vidas, algunos de ellos ayudados por sus evidentes conocimientos políticos y militares previos. En la búsqueda de los aspectos más relativos a los sentimientos y emociones que transitan por los protagonistas de estas guerras, Espino López perfila a unos conquistadores que no forman ejércitos como tales y que poco a poco se van dejando llevar por la codicia, hasta el punto de que las rencillas personales acabarán por causar unas guerras civiles que tiñen de sangre el objetivo primigenio de lucrarse con la plata, mientras que es el indio el que, ante todo y más que todos, pone el sudor (p. 290). La obra no deja de lado los aspectos más brutales de la guerra en estos escenarios americanos,

donde el componente de la crueldad aparece de forma continua y constante, por parte de los contendientes de todos los bandos, en el relato «escalofriante» de las crónicas. No se aprecia escrúpulo en el empleo de una política de prácticas aterradoras como arma psicológica para amedrentar a los naturales, y se llega a afirmar que «la espiral de violencia fue terrible» (p. 139), con la existencia de ejecuciones continuas de líderes contrarios, pues de esta forma se castiga la falta de fidelidad de quienes pretenden aliarse con el bando hispano tras haber perdido una batalla, si bien la traición entre las filas castellanas es elemento común en muchos de los principales episodios de este dilatado proceso de conquista en cuya reflexión quiere Espino involucrar al lector a través de preguntas que deja sin resolver, como el menor éxito historiográfico de las guerras civiles peruanas respecto, por ejemplo, a las guerras italianas del Gran Capitán ¿quizás por su propio componente de guerras intestinas?

Junto a todo ello, la obra aporta un total de diez mapas e infografías, que, situados al principio del libro y aunque en blanco y negro, son magníficos para seguir paso a paso cada uno de los hechos de armas acaecidos en esta conquista, destacando, por su novedad y acierto, las infografías que explican las batallas de Chupas (16 de septiembre de 1542), Añaquito (18 de enero de 1546) y Huarina (20 de octubre de 1547). Los dibujos de Felipe Guamán Poma de Ayala (1534-1615), procedentes de su *Nueva crónica y buen gobierno* (1615), pueblan con profusión y enriquecen el volumen, muy bien localizados en relación con el contenido concreto del texto que quieren ilustrar. En páginas centrales, un cuadernillo a color recoge imágenes relativas a objetos de la cultura inca y escenarios de algunas batallas o retratos de algunos de sus protagonistas. Tras unas claras y concisas conclusiones, en las que Espino compendia las principales aportaciones de su nuevo texto, reivindicando el empleo de las crónicas de Indias, desde una perspectiva crítica y analítica, como fuente para el conocimiento de la presencia española en Ultramar, de la misma forma que los conquistadores americanos redescubrieron las tácticas de la Roma imperial al releer a los clásicos en tierras americanas, se localiza un breve apéndice en el que se contextualizan las principales crónicas empleadas en el estudio, atendiendo a las circunstancias personales de cada autor. Por último, una completa bibliografía, con indicación de fuentes de archivo, impresas y títulos contemporáneos, da paso a un muy útil índice analítico en el que se guía al lector en las búsquedas a lo largo del libro, distinguiéndose entre «pizarrista», «almagrista», «rebelde almagrista», «rebelde pizarrista» y «realista», componiendo el último de los aciertos de un estudio completo y bien trazado, desmitificador e imparcial, crítico con las fuentes que emplea, y sin prejuicios ni postulados previos que condicionen sus excelentes análisis del hecho militar, que se constituye en lectura imprescindible para el conocimiento de la realidad de la conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú.

Beatriz Alonso Acero